PASAPORTE SELLADO

Cruzando las fronteras entre ciencias sociales y literatura



Alberto Trejo Amezcua
Gilda Waldman Mitnick
coordinadores

Colección Teoría y Análisis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

Escrituras superpuestas[*]

Territorios de la sociología y la literatura

Carlos Virgilio Zurita[**]

El propósito de estas notas es examinar homologías entre la literatura y la sociología[1] en tanto ambas están mediadas por el proceso de escritura, que suele ser *vocacional* en el caso de la primera y *profesional* en el caso de la segunda. Aunque se trata de suposiciones que es conveniente matizar, a menudo se afirma que los literatos materializan sus producciones dando respuesta a una pulsión interior, en tanto que los sociólogos proceden en razón de una presión externa.

Aquellos sociólogos que, para bien o para mal, han emprendido una carrera académica o científica, se sienten compelidos a escribir y, sobre todo, publicar, para dar señales de vida, para asegurar su existencia institucional; *publica o perece*, amenaza o recomendación de larga data, es la disyuntiva insoslayable que está generalizada en las Universidades de todo el mundo y que se refleja en el ciclo de las ´novelas de campus´ de David Lodge.

A raíz de que en siglo XIX la historia y la sociología se desagregaron de las *bellas letras*, señala Jablonka (2016) que la discusión en torno a las relaciones de la literatura con las ciencias sociales a veces se articula sobre la base de dos postulados equívocos: que las ciencias sociales no tienen una dimensión literaria y que los literatos no producen conocimiento, por lo que habría que optar por la alternativa engañosa de escoger una historia o sociología que sea ´científica´ en detrimento de la escritura, o por una historia o sociología que sea ´literaria' en detrimento de la verdad. La superación de tal dicotomía debiera provenir de una reflexión acerca del carácter y el rol que la escritura posee tanto en las ciencias sociales como en la literatura, y procurando escribir de "una manera más libre, más justa, más original, más reflexiva, no para relajar la cientificidad de la investigación sino, al contrario para fortalecerla" (Jablonka: 11). "La escritura no es la maldición del investigador, sino la forma que adopta la demostración, y no entraña ninguna pérdida de verdad: es la condición misma de la verdad." (Ibid:18).

Por su parte Ansaldi (2010), que como Jablonka es historiador y también dotado de una mirada sociológica, sostiene que los relatos ficcionales deben ser tomados por los investigadores como ´fuentes´, concediéndoseles el mismo nivel de verosimilitud con que son considerados, por ejemplo, los resultados de un enfrentamiento bélico, una disputa electoral o las evidencias provenientes de datos estadísticos o censales. Ansaldi aclara las numerosas ocasiones en que ha tomado novelas

[*] Cuando estaba preparando estas notas, realicé algunas consultas. Estoy agradecido con las opiniones y sugerencias que recibí de Ana Dinerstein, Ruth Sautú, Ania Tizziani, Ricardo Sidicaro y Juan Montes Cató. Particularmente me siento en deuda con Waldo Ansaldi, quien tuvo la generosidad de enviarme pormenorizados detalles sobre su vasta experiencia en trabajar con novelas tomándolas como metáforas de la historia.

[**] Unse-Indes-Conicet, Universidad Nacional de Santiago del Estero, Argentina. Correo: cvzurita@gmail.com

[1] Algunas de las argumentaciones que se desarrollan en el presente texto fueron sustentadas en trabajos anteriores, (en "El bloqueo de la página en blanco. Notas sobre la sociología como género literario", *Sociología del Trabajo*, 55, Universidad Complutense de Madrid, 2005 y en "Acerca del sociólogo como escritor. Desgajes de un oficio", *Política y Sociedad*, 46, Universidad Complutense de Madrid, 2009). El sentido de tales argumentaciones, ahora, en ciertos casos, las mantengo, y en otros, las reformulo.

como referencias ilustrativas en sus investigaciones, destacando a tres: *Amalia* de José Mármol, *La gran aldea* de Vicente F. López y *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez.

Es posible encontrar similitudes, aunque también diferencias, entre la sociología y la literatura. Con referencia a la escritura, ese *arte espectral*, diría Norman Mailer, de la que participan las dos, en ocasiones se advierte que constituye un ´fin´ para la literatura y un ´medio' para la sociología. Ha tardado un tiempo en ocupar un lugar en la preceptiva metodológica con la que se pretende formar a los estudiantes de sociología la cuestión de la escritura pero, en todo caso, se la considera sólo como una ´etapa´ de la trayectoria de investigación.

1. Textos y contextos

En el decurso de su vida académica los sociólogos deben producir materiales escritos. No obstante, la instancia de la escritura es una temática que no suele estar presente con frecuencia ni en las reflexiones y balances sobre la disciplina, como tampoco en las estrategias curriculares de formación de recursos[2]. Intentaremos apuntar las motivaciones por las que se ha producido una suerte de ocultamiento de la escena de la escritura sociológica, y también resaltar que ella no sólo forma parte del proceso de investigación sino que es constituyente de la misma, que no se trata del mero registro, del recuento, de la 'memoria' que se realiza una vez concluida la investigación.

Al indagar en las prácticas escritas y las concepciones respecto de la escritura en alumnos universitarios de ciencias sociales de la Universidad de Buenos Aires, Alvarado y Cortés (2000) sostienen que la escritura promueve procesos de objetivación y distanciamiento respecto del propio discurso, posibilitando una recepción diferida, un descentramiento que permite la revisión crítica de las propias ideas y su reconversión. Pero para poder afrontar los propios textos como ajenos, resultan necesarias habilidades y estrategias maduras de lectura y escritura, cuya adquisición exige de un entrenamiento sistemático y especializado. Tal entrenamiento no se encuentra generalizado en el sistema educativo argentino –ni en varios sistemas latinoamericanos- lo que implicaría, desde el punto de vista de la psicología cognitiva, ciertas restricciones en los jóvenes para desplazarse desde las prácticas repetitivas (inexpertas) hacia las críticas (maduras).

A nuestros fines, conviene tener presente que cuestiones tales como el texto, la escritura, el discurso, si bien poseen tradición analítica entre semiólogos, filósofos y críticos literarios, no están presentes en el ámbito de los sociólogos o, más bien, sólo comenzaron a estar presentes tardíamente. En el listado de obras reconocidas de sociólogos y cientistas sociales centradas en la temática deben mencionarse, entre otros, el aporte pionero de Nisbet (1979), y también los de Geertz (1989), Lepenies (1994), Becker (1986a y 1986b), Lahire (2006), R. H. Brown (2002), Jablonka (2016) y, aunque con propósitos diferentes, Bourdieu (1992 y 2008). Asismismo se registran los casos de sociólogos que, sin haberse dedicado particularmente a nuestro campo de interés, realizaron singulares contribuciones; entre ellos, mencionamos a Wright Mills (1961), Passeron (1991), Bauman (2003), Archetti (1994) y Castillo (2003).

De los autores mencionados se adquiere la certidumbre de que el aprendizaje y la enseñanza de la sociología no sólo debiera consistir en trasmitir a los alumnos repertorios de conceptos teóricos y procedimientos metodológicos sino, sobre todo, en compartir experiencias y prácticas reflexivas sobre un oficio y una artesanía.

2. Formas de la escritura

Acerca del examen de la escritura sociológica en cuanto tal, aún persisten ciertos recaudos hermenéuticos, y en algunos ámbitos se sostiene que los escritos sociológicos sólo debieran ser analizados en sus implicancias ´académicas´, esto es, en la pertinencia del enfoque teórico, en la

[2]Sólo en los últimos años, con la proliferación de estudios de postgrado, comenzaron a institucionalizarse actividades tales como los talleres de tesis.

adecuación metodológica y en la suficiencia de los datos empíricos aportados, pero no en su materialidad, no en cuanto textos, en cuanto artificios generados –y mediados por actores sociales- por la sociedad sobre sí misma.

No sólo en sociología, sino también en otras ciencias sociales se manifiestan similares prevenciones. Apunta Geertz que "el análisis de la etnografía como escritura se ha visto obstaculizado por consideraciones varias, ninguna de ellas demasiado razonables; una de éstas es que sería poco antropológico hacer algo así. [Se suele afirmar que] lo que un buen un buen antropólogo debe hacer es ir a los 'sitios' volver con información sobre la gente que vive allí y poner dicha información a disposición de la comunidad profesional de un modo práctico, en vez de vagar por las bibliotecas reflexionando sobre cuestiones literarias" (1989: 11) Geertz ironiza las aseveraciones de quienes postulan que "la preocupación por el modo en que están construidos los textos etnográficos semeja una distracción insana", que "lo que debe importar son los *tikopia* y los *tallensi* en sí mismos, y no las estrategias narrativas de Firth o los mecanismo retóricos de Fortes" ya que los textos antropológicos no merecen tan delicada atención. También cuestiona afirmaciones de los defensores del estilo comunicacional aséptico y positivista de que una cosa sea "investigar cómo consiguen sus efectos Conrad, Flaubert o Balzac y otra, distinta e injustificable, pretender hacer lo mismo con Lowie o Radcliffe-Brown", ya que "los buenos textos antropológicos deben ser planos y faltos de toda pretensión: no deben invitar al atento examen literario, ni merecerlo" (Ibidem:12)

Porque Geertz no considera que prestar atención al modo en que se presentan los enunciados cognoscitivos mine la capacidad de tomarlos en serio, ni que otorgar relevancia a problemas tales como "las metáforas, la imaginería, la fraseología o la voz" conduzca a un corrosivo relativismo que convierta a la antropología en un mero juego de palabras como la poesía o la novela.

Las raíces, ya no de las cautelas, sino del auténtico miedo a considerar la antropología como escritura –lo que implicaría, según Steimberg (2004), a tornar visible su retórica- Geertz las atribuye a la persistencia de mitos profesionales que impiden reconocer el carácter literario de la antropología, mitos que suponen que la verdad y el poder de convencimiento de la etnografía debe buscársela en la "pura sustantividad factual", aunque en rigor la capacidad de los antropólogos y sociólogos para convencer, para que *se tome en serio lo que dicen*, deriva de haber podido penetrar –o haber sido penetrados por- otras culturas, otras formas de vida "y en la persuasión de que este milagro invisible ha ocurrido, es donde interviene la escritura" (Geertz, :14).

3. La infinitud sin sentido de lo real

Un aspecto común en las ciencias sociales y la literatura concierne a la relevancia de la narración y el relato que se manifiesta en la imagen del sujeto como *homo loquens* (Longo, 2006); puesto que tanto en sociología como en literatura, contar, es decir narrar, sería una forma de gestionar la temporalidad, desarrollando representaciones lingüísticas que articulan escenarios, personajes y 'estados de ánimo' a lo largo de una secuencia temporal que implica la distinción de un antes y un después. "Contar supone seleccionar, de una infinitud sin sentido de lo real, aspectos que se muestran significativos y relevantes: se trata de la función organizadora de la realidad que posee el proceso narrativo" (Longo:14).

Las perspectivas narrativas de la sociología son examinadas, entre otros, por Lepenies (1994). y Nisbet (1979). Lepenies se concentra en los procesos de diferenciación de los valores y las prácticas literarias y científicas, en tanto que Nisbet extiende el análisis hacia la vinculación de la sociología, no sólo con la literatura, sino con otros sistemas de producción artística, particularmente las artes visuales. Nisbet sostiene que la afinidad del arte con las ciencias sociales se manifestaba en el concepto de *estilo*. Los estilos permiten estructurar los 'temas'; éstos, antes de perfilarse como tales

pueden haber sido mitos o metáforas. La metáfora[3] no es tan sólo un recurso gramatical, una mera figura retórica, sino una vía al conocimiento: se mencionan tres: crecimiento, genealogía y mecanismo. En tanto que los temas, antes y ahora, centrales de la sociología serían el individuo, el poder, la libertad, el cambio.[4]

La transposición de géneros y procedimientos retóricos desde la esfera artística hacia la sociológica (Steimberg, 2004:15) adquiere visibilidad en la utilización de diseños construidos, como el paisaje y los retratos. Nisbet señala algunos de los paisajes sociales más significativos: las masas, el poder, el sistema industrial y la metrópolis. Entre los retratos, menciona a las figuras del burgués, el obrero, el burócrata y el intelectual.

En un trabajo anterior (Zurita, 2005) he sugerido que los sociólogos proceden como los novelistas, ambos crean, mediante la descripción, espacios y territorios. Y también crean identidades simbólicas: personajes, en el caso de los novelistas, y sujetos colectivos, en el caso de los sociólogos.

El mundo está lleno de personajes que andan en busca de su autor, de alguien que les confiera identidad, escribiéndolos. Puede que los configure un sociólogo (el proletario: Marx), un novelista (la mujer soñadora: Flaubert) o ambos al mismo tiempo (el burócrata: Kafka y Weber)[5]. Los personajes muestran su autenticidad, su verosimilitud, cuando adquieren vida propia y pretenden ser ellos mismos, a veces en rebelión contra su autor. En cuanto a los personajes sociológicos la experiencia ha mostrado que es necesario, de vez en cuando reconfigurarlos, para que sigan teniendo aliento vital, para que no se conviertan en máscaras vacías. En este sentido, un ejemplo positivo lo constituye la continua reelaboración de la figura del 'trabajador'.

4. Continuidades y rupturas

Tanto los individuos, como los grupos, sustentan su afirmación identitaria insertándose en linajes y genealogías. Extremando la argumentación, Borges solía sugerir que a cada escritor le asiste el derecho –inclusive la obligación- de elegir o inventar a sus antecesores.

En tal perspectiva, resulta de interés indagar en lo acontecido en el campo de la sociología en Argentina y, aún, Latinoamerica, en el establecimiento de genealogías dominantes y paradigmas retóricos (Zurita, 2009a)..

Solari, Franco y Jutkowits (1978), en una obra ya clásica sobre la evolución de las teorías sociales en América Latina, describen las características que asumió hacia mediados del siglo XX el proceso de institucionalización de la sociología en la región. Dicho proceso[6], cuyos representantes prototípicos fueron Gino Germani en Argentina, Florestán Fernándes en Brasil y José Medina Echavarría en Chile y México, implicó el logro académico de incorporar los estudios sociológicos a la grilla universitaria y fue apreciado como una ruptura epistemológica con el pasado. Según Medina Echavarría, la sociología a emprender debía consistir en una *teoría*, pero sobre todo en una *técnica,* y para ello resultaba insoslayable acentuar la diferenciación de los nuevos estudios sociales con la filosofía social y la especulación reflexiva, y alentar la realización de aportes cuantitativos con datos provenientes de la realidad social. En los hechos, tal propuesta conceptual y metodológica

[3]Sobre metáforas y el uso de razonamientos analógicos en sociología, véase en Lahire (2006), el capítulo 3 "Sociología y analogía", donde presenta alrededor de un centenar de registros metafóricos clasificados en trece categorías.

[4] En *The sociological tradition* Nisbet menciona los mismos temas, aunque bajo la forma de conceptos polares: comunidad/sociedad, autoridad/poder, status/clase, sagrado/profano, alienación/progreso.

[5]Sobre este punto ver José María González García (1989): *La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Franz Kafka*, Madrid, Ed. Visor.

[6] Proceso que, según los autores, comprende tres fases, no estrictamente secuenciales: i) pensadores o ensayistas, ii) sociólogos "científicos" y iii) sociólogos "críticos".

significaba separarse radicalmente de la tradición ensayística[7] que hasta entonces, con sus luces y sus sombras, había sido el paradigma expresivo dominante.

La ruptura con dicha tradición fue una acción necesaria, dotada de progresividad histórica en el desarrollo de la disciplina, y que contribuyó a afianzar el status epistemológico de la Sociología; sin embargo, al implantar -¿como una consecuencia no querida?- el modelo comunicacional y discursivo del "proyecto de investigación" tuvo serias consecuencias en la esfera de nuestro centro de interés, esto es, la escritura.

Las postulaciones de los pioneros de la sociología científica, -los mencionados Medina Echavarría, Germani y Fernandes- como todo discurso fundacional, exageró los rasgos negativos del pasado, de la etapa pre-sociológica. Fueron particularmente críticos con los valores y, fundamentalmente, con el tono expresivo del ensayismo, cuestionando su delectación en el cuidado de la forma, el uso de la primera persona, la ponderación de los hallazgos intuitivos...

La consolidación del cientificismo sociológico en el nivel universitario –en sus vertientes de ´izquierda y de "derecha´, y tanto entre los sociólogos cualitativos como cuantitativistas- tuvo como resultado que se haya educado a generaciones de alumnos en la obligatoriedad de utilizar un discurso comunicacional que debía manifestarse a través de un lenguaje lo más objetivo, despojado y neutro posibles: *científico*, en una palabra. Por lo tanto, si la sociología debe tener como modelo de referencia una textualidad *plana*, no había que preocuparse en enseñar a escribir a los alumnos, ya que la escritura era un mero medio, y no formaba parte del proceso de producción sociológica.

En rigor, en la actualidad, el paradigma retórico de la expresividad, de las *maneras de decir* en ciencias sociales debe adecuarse a diversas prescripciones, como ser las vigentes para la presentación de informes ante el Conicet[8], las Fundaciones y Agencias de financiamiento, el Programa de Incentivos,[9] y las normas de publicación de las revistas especializadas.

El proceso creativo se convierte así en un repertorio de recetas y convenciones que deben ser escrupulosamente respetadas: formular hipótesis, que cada hipótesis esté acompañada de indicadores y dimensiones observables, usar tipografías en cuerpo 12 a doble espacio, colocar las citas y las notas al pie en los lugares adecuados... De tal forma se ha generado una suerte de *manierismo* en el discurso de la sociología y de las ciencias sociales en general.

Para intentar superar tales limitaciones, a nuestro juicio, los sociólogos, en tanto productores de relatos, debieran procurar insertarse en una genealogía que incluyera a referentes de la disciplina como Weber, Marx y Germani, pero también a escritores como Flaubert, Borges o Piglia. Mencionamos a nombres consagrados y casi convencionales de las ciencias sociales, y asimismo a tres autores literarios que se han caracterizado por ejercer una reflexión y una vigilancia profunda sobre el proceso de escritura.

Al escoger sus antecedentes filiatorios los sociólogos no deberían olvidar las potencialidades creativas que proporcionan el mestizaje y la hibridación de géneros. Y, finalmente, tener siempre presente que existen ciertas obras a las que se les concede la perdurabilidad del clasicismo (v.g. *El 18 Brumario...*, *El suicidio*, *Dependencia y desarrollo en América Latina*), y que dicha cualidad se sustenta, sobre todo, en términos de Nisbet, en su *factura artística*[10].

---

[7] Sobre la significación del ensayo como género expresivo, ver Theodor Adorno, "El ensayo como forma", en *Pensamiento de los confines*, Nº 1, 1998, Buenos Aires.

[8] Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina.

[9] Por medio de este Programa se evalúa y categoriza a investigadores de Universidades Nacionales (estatales) de Argentina, tomando en cuenta su desempeño académico e institucional y, en gran medida, su producción escrita. Los resultados de la categorización pueden implicar un considerable plus salarial.

[10] César Vapñarky, quien fuera un adelantado en materia de preocupaciones sobre la escritura académica –y cuya obra sobre el tema permanece lamentablemente inédita--, solía recomendar a sus alumnos y a sus amigos la lectura frecuente de los textos de Ortega y Gasset y Octavio Paz para adquirir "un clima de buena escritura".

5. La sociología como género literario

Las demarcaciones entre géneros literarios se sustentan, básicamente, en *convencione*s, como señalan Altamirano y Sarlo (1980) y Williams (1977). Otro tanto se podría postular acerca de las distinciones entre las diversas ciencias sociales; y también entre los diversos tipos de escrituras. Pero ahora nos va a interesar adentrarnos, ya no en las diferencias entre géneros sino, por el contrario, en el solapamiento de géneros y discursos.

Jules Michelet sostenía que la historia formaba parte de lo que él llamaba *bellas letras*. La más transparente argumentación a favor de considerar a "la sociología como una forma de arte" fue formulada por Robert Nisbet (1979)[11]. La contigüidad y superposición de las ciencias humanas con la literatura, en el caso de Michelet se sustentaba en las afinidades estilísticas que son prolijamente examinadas en Pucci (2016), pero en Nisbet se afirmaba no sólo en tales afinidades, sino también en la entonación moral y, sobre todo, en la factura artística de los hallazgos conceptuales y de las dimensiones expresivas de ciertas obras claves de la sociología.

En *La formación del pensamiento sociológico* Nisbet (1976: 34) sostiene:

> "¿Quién se atreve a pensar que las *Gemeinschaft* y *Gessellschaft* de la tipología de Tönnies, la concepción weberiana de la *racionalización*, la imagen de la metrópoli de Simmel, y la idea sobre la *anomia* de Durkheim provengan de lo que hoy entendemos por análisis lógico-empírico? (…) Estos hombres no trabajaron en absoluto con problemas finitos y ordenados ante ellos. No fueron en modo alguno resolvedores de problemas. Con intuición sagaz, con captación imaginativa y profunda de las cosas, reaccionaron ante el mundo que los rodeaba como hubiera reaccionado un artista, y también como un artista, objetivando estados mentales íntimos, sólo parcialmente conscientes."

Extendiendo las argumentaciones de Nisbet se podría decir que la sociología puede ser considerada como un género literario, a partir de sus dimensiones escriturales y caligráficas, pero también por sus exigencias, por su necesidad, de crear escenarios y territorios, y, sobre todo, de generar perspectivas, miradas sobre el mundo, esto es, personajes.

La creación, constitución o redefinición de los sujetos colectivos, la configuración de identidades simbólicas, obedece a la misma lógica constructiva que en literatura se llama creación de personajes.

Shumway (2002) sugiere que la *invención* de la Argentina es el resultado de narrativas –"ficciones orientadoras", en sus términos- imaginadas por escritores del siglo XIX, fundamentalmente, Echeverría, Alberdi y Sarmiento.

Los sociólogos proceden como los novelistas. Ambos crean, mediante la descripción, espacios y territorios. Y también crean identidades simbólicas: personajes, en el caso de los novelistas, y sujetos colectivos, en el caso de los sociólogos.

Personas soñadoras y con el seso sorbido por la lectura siempre existieron, pero dejaron de pasar desapercibidas, adquirieron identidad cuando se transformaron en Don Quijote, Emma Bovary y Adán Buenosayres; convirtiéndose no sólo en personajes auténticos, sino definiendo tipos humanos, referencias de estilos de personalidad. Estos casos, a los que se podrían agregar tantos otros, consistirían en ejemplos de influencias de la literatura sobre la realidad.

Pero también existen incidencias de la sociología sobre la realidad. Para ilustrar este último aspecto es posible enunciar algunos ejemplos, pertenecientes a la sociología argentina actual, de

[11] En tanto que para Zygmunt Bauman, la escritura del sociólogo debe ser como la del poeta, traspasar los muros de lo obvio y de lo autoevidente, poner de manifiesto "lo que siempre estuvo allí" y no se lo veía: "Epílogo. Acerca de escribir: acerca de escribir sociología", en *Modernidad líquida.*

creación de personajes, es decir de identidades sociológicas. Así, en cierto sentido, se podría postular que el servicio doméstico es una invención de Elizabeth Jelin, los cortadores de rutas y los piqueteros de Javier Auyero, la familia rural de Floreal Forni. Una fecundidad especial en la creación de personajes es el caso de Eduardo Archetti: los chacareros, la cocina, los deportes, el tango, la masculinidad.

6. Ficciones y evidencias sobre el poder

Me parece conveniente ir un poco más allá de las afirmaciones generales sobre los usos de materiales literarios en la sociología y circunscribir un campo, al menos, en el que se pueda señalar puntualmente la utilización de determinadas novelas o relatos que fueron considerados como ´fuentes´, como ´fragmentos empíricos'. Y con ese fin, elegimos el ámbito de la sociología política, que es también decir las esferas del poder y la dominación.

Diversos autores, entre ellos Samir Amin, han indicado que el aporte más relevante latinoamericano a la sociología del siglo pasado fue la teoría de la dependencia. Se podría sugerir que una contribución sustantiva a la literatura de los escritores de la región fueron las novelas de caudillos (Zurita, 2009b). Impresiona el nivel, la calidad y la cuantía de materiales literarios de que disponen los sociólogos que pretendan adentrarse en estudiar la sociología política y las diversas dimensiones del poder.

En este punto seguiremos a Polit (2008) en su obra *Cosas de hombres. Escritores y caudillos en la literatura latinoamericana del siglo XX*. A nuestro juicio, se podría afirmar que las indagaciones de Polit se focalizan en tres espacios: el poder, el género y la autoría, que son minuciosamente examinados. El primero, la cuestión del *poder* o, más precisamente, de la *dominación*; para el caso, no sólo la dominación política y social, sino personal: las asimetrías en el ámbito claroscuro de la intimidad. La segunda cuestión, el *género*, no consiste en las habituales reivindicaciones feministas, sino en una singular perspectiva de reflexiones, como sólo pueden encontrarse, quizás,en Nancy Fraser (el género como reclamo de reconocimiento) y en Eduardo Archetti (la construcción de masculinidades). En el tratamiento de la tercera temática, la *autoría*, se manifiestan algunos de los rasgos más originales de sus análisis. Se trata de la recurrente perplejidad pirandelliana. Quién crea a quién, quién antecede. ¿El personaje o el autor? Ambos se necesitan, se requieren. Está el tantas veces recordado caso de las relaciones de Sarmiento con Facundo, en que el vituperio se entrecruza con la fascinación. Siempre hay disputa por el poder autorial. Como apunta Molloy (2008), en la presentación de la obra de Polit: "Donde hay caudillo hay escritor que lo escribe, es decir, escritor que se arroga el poder no sólo de construirlo sino de criticarlo, de corregirlo, de imponerse a él. Escribir al caudillo es, también escribirse. La novela de caudillo es también fantasmagoría autobiográfica".

Polit se concentra en cuatro novelistas: Beatriz Guido, Elena Garro, Sergio Ramírez y Mario Vargas Llosa.

Son dos las novelas de Guido que se examinan, *Fin de fiesta* y *El incendio y las vísperas*. La primeraes una diatriba contra una clase en ascenso, y la segunda, la evocación nostálgica de una clase que pareciera desvanecerse. No obstante tratarse, ostensiblemente, de novelas de tesis (Barceló=Perón=Rosas), de literatura *engagée*, se valora el carácter visual de la narrativa, la presencia reinventada de los repertorios de violencia, promiscuidad y apuestas (desde los juegos de naipes a la riña de gallos), y que Guido haya acertado con la nota original de conferir una dimensión estética a la representación del poder, esto es, la figura masculina del caudillo.

Recuerdos del porvenir de Elena Garro se sitúa en México, hacia 1920, durante la *guerra de los cristeros* (que son los tiempos en que también transcurre *El poder y la gloria* de Graham Greene). El valor de la novela de Garro deviene de alterar la tradicional división de los espacios público y privado, lo que le permite *visibilizar* a las mujeres y otorgarles un rol protagónico en el relato.

Margarita, está linda la mar de Sergio Ramírez es la narración más *escrita*, la más experimental. La novela une a dos hombres fundamentales de Nicaragua, Rubén Darío y Anastasio

Somoza Debayle, el primer Somoza. La articulación de la literatura con la política posee una connotación especial, porque Ramírez es escritor y político (fue vicepresidente sandinista), y porque el asesinato de Anastasio Somoza García lo comete un poeta, Rigoberto López Pérez., literalmente, una 'pluma' que mata. Hay una escena antológica:luego de su muerte, el cerebro de Rubén Darío es extraído y conservado en un frasco con formol. Dos personas se sienten propietarios de tan augustos sesos, una quiere venderlo a un Museo de Buenos Aires, la otra pretende examinarlo para encontrar secretas claves entre las circunvoluciones. Comienza la disputa, y en el forcejeo el frasco pasa de unos brazos a otros, hasta que finalmente el cerebro se desliza y se estrella contra el suelo.

En *La fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa el caudillo que aparece es Rafael Leonidas Trujillo, uno de los dictadores más atractivos para protagonizar una novela, ya sea por los más de treinta años que estuvo en el poder, como por una singular personalidad: su megalomanía lo llevó a denominar con su nombre y el de su familia a cuanto fuera posible, y la capital pasó de llamarse Santo Domingo a Ciudad Trujillo (estas prácticas denominatorias también fueron ejercidas por Alfredo Stroessner y Juan Domingo Perón).

Las novelas mencionadas constituyen para los sociólogos no sólo un rico yacimiento de fragmentos empíricos, sino que pueden operar como una cartografía, como una sugerente guía de viaje para internarse en los territorios públicos y privados del poder, puesto que *empiria*, 'trabajo de campo', no debiera consistir tan sólo en la inspección de materiales estadísticos, ni tampoco meramente en los protocolos de entrevistas, sino también en asomarse a los ámbitos de la imaginación y la verosimilitud, es decir, de los relatos ficcionales.

7. Excurso: Humboldt y Darwin

En el discurrir de este esbozo acerca de los entrecruzamientos de géneros quizás no resulte del todo inapropiado dar un paso más y convocar las figuras de Alexander von Humboldt y Charles Darwin.

Hay diversas razones para hacerlo. No sólo por ser fundadores de discursividad en las ciencias naturales, ni sólo porque sus aportes cruciales se les hayan revelado en su transitar por América Latina, sino porque ambos reiteradamente expresaron la necesidad de articular las observaciones científicas con la expresividad literaria. Sobre esta preocupación han dejado numerosas constancias en casi todas sus obras, particularmente Humboldt en su *Viaje a las regiones equinocciales* y Darwin en su *Diario.*

Sorprende la edad en que emprendieron sus viajes que, en el fondo, fueron de (auto)descubrimiento. Humboldt a los veintitrés años, en 1804se embarcó en el *Pizarro* y anduvo por Venezuela, Ecuador y México. Darwin a los veintidós, en 1831 ocupó su litera en el *Beagle* y recorrió Argentina, Chile y las Galápagos. Eran tan jóvenes, tenían los ojos tan abiertos y lo que vieron y sintieron en Sudamérica –las plantas, los animales, las montañas, la humedad, el calor-, les resultó tan sorprendente y fascinante que sus notas de viaje y luego sus artículos y libros se tornaron en textos en los que se mixturan los registros cuantitativos de mediciones con observaciones impresionísticas de los atardeceres, de los ruidos de la noche, los colores de la vegetación ….

Los modelos textuales de los exploradores, de los científicos viajeros en que las prolijas anotaciones *objetivas* se entrecruzan con glosas íntimas y subjetivas pareciera haber sido plenamente asumidos y valorados, por ejemplo, por antropólogos e historiadores. Otro tanto debiera acontecer por parte de los sociólogos.

8. Literatura y sociología: descubrimiento y justificación

En ocasiones los cientistas sociales suelen reconocer sus deudas con la literatura. Al comienzo de *Las palabras y la cosas*, Foucault (1984:7) declara "Este libro nació de un texto de Borges" [i]. En *El suicidio* Durkheim, para elaborar tipologías de suicidas apeló a fisonomías de caracteres provenientes de la narrativa (*Fausto* y *Werther* de Goethe, *Don Juan* de Musset, *Raphael* de Lamartine y *René* de Chateaubriand)

Es frecuente la convicción de que en las obras ficcionales, particularmente las novelas, se podían encontrar *fragmentos empíricos* de considerable valor para el análisis social, y se la puede advertir, tanto en las valoraciones de un Marxsobre las obras de Balzac o Fielding, como en las apelaciones de Peter Berger a Robert Musil o de Erving Goffman a Jane Austen. En los tiempos que corren, continúa vigente la búsqueda de 'escenas de vida' en la literatura por parte de sociólogos: i.e. los usos deCharles Bukowski en Rhodes y Brown (2005)[12], y de Paul Auster en Auyero (2001)[13].

Acerca de la superposición de escrituras, de los cruces entre novela y sociología pueden encontrarse sugestivas referencias en el capítulo IX, "L´illusion romanesque" de *Le raisonnement sociologique* de Passeron (1991)y, muy especialmente, en el capítulo 9 "Sociología y literatura" de *El espíritu sociológico* de Lahire (2006), donde se examinan en detalle las implicancias sociológicas de narraciones de George Simenon, Albert Memmi y Luigi Pirandello. Por otra parte, las virtudes etnográficas de un novelista, Emile Zola, y las puntuales anotaciones que realiza en sus *Carnets d´enquet*, sus 'cuadernos de campo', son adecuadamente valoradas por Castillo (2003).

Ambas escrituras, la sociología y la literatura, son *cosas* distintas, en tanto se trata de prácticas específicas. Pero es conveniente precisar el sentido de las diferencias y similitudes. Como ya se advirtió, se suele considerar que la escritura es un 'fin' en la literatura y un 'medio' en las ciencias. Otro postulado resalta que se trata de 'géneros' distintos. Más allá de la discusión sobre el carácter instrumental o autónomo de la escritura, sólo apuntaremos que la demarcación de géneros no resulta un criterio válido de especificidad, más aún en la actualidad en que casi la norma parece ser la superposición e hibridación de géneros (*blurred genres*, en términos de Geertz), tanto en las expresiones artísticas como en las ciencias sociales.

Tal vez podrían considerarse las diferencias en marcos analíticos popperianos. La sociología, en cuanto discurso comunicable que pretende ser convincente y compartido, debe tener en cuenta los repertorios de reglas y convenciones vigentes en el 'contexto de justificación'. En tanto que la literatura opera en el 'contexto de descubrimiento' y, en rigor, no requiere trascenderlo: no necesita demostrar una verdad, su verdad es ella misma, o no logra serlo, pero siempre su poder de convencimiento, su substancialidad factual, está en el propio texto. Es lo que pasa con la gran literatura, no sólo con el ciclo de las novelas realistas del siglo XIX, sino con la buena literatura de nuestros días. Cuando ciertos ejercicios de la literatura tienden a desplazarse hacia el contexto de justificación, generalmente se suele incurrir en producciones desacreditadas en el campo académico: las novelas de tesis o los best sellers.

Finalmente, una recomendación que quien escribe estas líneas no suele practicar como debiera. Hay que procurar examinar los propios textos como ajenos; leerse con distanciamiento. Quizás esta actividad de desdoblamiento, uno mismo como escritor y lector, contribuya a reconocer los límites de la realidad y la ficción, lo que quisimos decir y lo que dijimos. Esta perplejidad, entre lo que se intentó y lo que se pudo, no debe inquietar hasta la parálisis. Más bien es un punto de encuentro en los menesteres de quienes ejercen el maravilloso y malsano oficio de la escritura, tanto sociólogos como novelistas. El pasaporte ya está sellado; no hay que cruzar aduanas, sólo fronteras interiores.

[12] Quienes examinan particularmente *Post office* de Charles Bukowski.

[13] Para ilustrar la 'economía de sensaciones' que está en la base del proceso de escritura sociológica el autor menciona a *Leviathan* de Paul Auster: "My desk had become a sanctuary, and as long as I continued to sit there, strugglind to find the next word, nothing could touch me anymore…"

BIBLIOGRAFÍA

Abend, Gabriel (2006). "Styles of sociological thought: Sociologies, epistemologies, and Mexican and U. S. quests for truth", *Sociological Theory*, 24 (1).

Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, eds. (1980). *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Alvarado, Maite y Marina Cortés (2000). "La escritura en la Universidad: repetir o transformar", en *Boletín de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA)*, Número 43, Agosto, Dossier: Escrituras en la Facultad, Universidad de Buenos Aires.

Ansaldi, Waldo (2010). *Literatura y análisis socio-histórico*. Curso de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Archetti, Eduardo, ed. (1994). *Exploring the written. Anthropology and the multiplicity of writing*. Oslo, Scandinavian University Press. [Especialmente "Introduction", pp. 11-28]

Auyero, Javier (2001). *Poor peoples´s politics*, Durham y London, Duke University Press.

Bauman, Zygmunt (2003). *Modernidad líquida*, México, Fondo de Cultura Económica. [Particularmente el "Epílogo. Acerca de escribir; acerca de escribir sociología", pp. 212-226].

Becker, Howard (1986a). *Writing for Social Scientists: How to Start and Finish your Thesis*, Book, or Article, Chicago (Illinois), The University of Chicago Press.

Becker, Howard (1986b). *Tricks of the trade. How to think about your research while you´re doing it*, The University of Chicago Press.

Bourdieu, Pierre (1992). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona. Anagrama.

Bourdieu, Pierre ([1984] 2008): *Homo academicus*, México, Siglo XXI

Brown, Richard Harvey (2002). "La ciencia social y la búsqueda de una sociedad justa", *Revista de Estudios Sociales*, nº 13, Bogotá, Universidad de Los Andes, [Otra referencia a considerar es su *Society as text. Essays on rethoric, reason and reality*, The University of Chicago Press,1987,]

Castillo, Juan José (2003): *En la jungla de lo social. Reflexión y oficio de sociólogo*, Buenos Aires-Madrid: Editorial Miño y Dávila. [Especialmente, "Un camino y cien senderos: el trabajo de campo como crisol de disciplinas"]

Geertz, Clifford (1989). *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós.

Foucault, Michel ([1969] 1999). "Qué es un autor", *Entre filosofía y literatura*, Obras esenciales, vol. 1, Barcelona, Paidós.

González García, José María (1989). *La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Franz Kafka*, Madrid, Ed. Visor.

Jablonka, Ivan (2016). *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Lahire, Bernard ([2005] 2006): *El espíritu sociológico*, Buenos Aires, Manantial

Lepenies, Wolf ([1985] 1994): *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica.

Longo, Mariano (2006). "Narración y Sociología. Literatura, sentido común, escritura sociológica", *Nómadas*, Nº 14, julio-septiembre, Universidad Complutense de Madrid.

Mills, C. Wright: (1961). "Apéndice. Sobre artesanía intelectual", *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica.

Molloy, Silvia (2008): "Presentación", en Gabriela Polit (2008), *Cosas de hombres. Escritores y caudillos en la literatura latinoamericana del sigloXX*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora

Nisbet, Robert (1976). *La formación del pensamiento sociológico, Buenos Aires. Editorial Amorrortu.*

Nisbet, Robert (1979). *La sociología como forma de arte*, Madrid, Editorial Espasa Calpe

Passeron, Jean-Claude (1991). *Le raisonnement sociologique. L´espace non-poppérien du raisonnement naturel*, París, Nathan. [Especialmente la segunda parte, "L´ecriture sociologique: un controle des langues naturelles", que contiene cuatro excelentes capítulos sobre la temática].

Polit Dueñas, Gabriela (2008). *Cosas de hombres. Escritores y caudillos en la literatura latinoamericana del sigloXX*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora

Pucci, Roberto (2016). *Historia. Erudición, interpretación y escritura*, Buenos Aires, Editorial Biblos.

Rodhes, Carl y Andrew D. Brown (2005). "Writing Responsibly: Narrative Fiction and Organization Studies", *Organization*, vol. 12, nº 4, London, pp. 467-491. [Se examina particularmente la novela *Post office* de Charles Bukowski].

Sarlo, Beatriz (2008). "El taller de la escritura", en *Trabajo y Sociedad*, nº 11, primavera. Universidad Nacional de Santiago del Estero.

Shumway, Nicolas (2002), *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Buenos Aires, Editorial Emecé.

Solari, Aldo, Rolando Franco y Joel Jutkowits (1978). *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, ILPES-CEPAL, México, Editorial Siglo XXI.

Steimberg, Oscar (2004). "Algunos espacios de discusión, en relación con la cambiante escritura de las ciencias sociales", *Sociedad*, nº 23, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Williams, Raymond (1977). *Marxism and Literature*, Oxford University Press.

Zurita, Carlos (2005). "El bloqueo de la página en blanco. Notas sobre la sociología como género literario", *Sociología del Trabajo*, 55, Universidad Complutense de Madrid.

Zurita, Carlos (2009a). "Acerca del sociólogo como escritor. (Des)gajes de un oficio", *Política y Sociedad*, 46, Universidad Complutense de Madrid.

Zurita, Carlos (2009b), "Poder, género y autoría. Narrativas latinoamericanas sobre caudillos", en *Apuntes de Investigación del CECYP*, nº 14, Fundación del Sur, Buenos Aires.